

# LAS EMOCIONES POPULARES DE ZARAGOZA EN EL SIGLO XVII: la violencia colectiva y su contexto europeo

Juan Postigo Vidal  
*Universidad de Zaragoza*

Los años cruciales que transcurrieron entre el ocaso definitivo de las corrientes humanísticas en Europa y el amanecer de una nueva cosmovisión más ligada a un sentimiento desmoralizador de alcance transversal, tuvieron como factor característico la aparición de tensiones sociales de gran importancia. Fue una época de guerra, pobreza y enfermedad; un tiempo en el cual, conforme las nuevas religiones reformadas se abrían paso en el complejo espacio sociopolítico del continente, las cortes principescas de las nuevas monarquías absolutas resplandecieron con un fulgor y un gusto artístico desmedido. Era un contexto perfecto para la reflexión filosófica, para el diseño cuidadoso de organigramas estatales alternativos, y derivado de ello también, para la explosión de motines, revueltas y «emociones» populares de toda clase (unas emociones que por supuesto se dieron por muchísimos lugares a lo largo de toda la centuria). Y Zaragoza no fue una excepción a este respecto. A lo largo de las siguientes páginas trataremos de elaborar un marco conceptual que nos ayude a comprender mejor el fondo en el que tuvieron lugar los principales estallidos de rabia colectiva en la capital aragonesa, poniendo especial atención en dos episodios puntuales: el motín de los valones de 1643 y las algaradas contra los mercaderes franceses de 1694.

## La mirada global

Aquella concatenación de episodios dramáticos en la capital aragonesa a lo largo del siglo XVII no fue de ningún modo excepcional. Son conocidas a este respecto las consideraciones de Roland Mousnier en relación al impacto devastador de la crisis sobre toda la extensión

de nuestro continente,<sup>1</sup> o también las impresiones más bien pesimistas de Joseph Bergin acerca del particular «clima» que hubo de vivirse durante los años más duros del Barroco, de los auspicios «mediocres», «poco prometedores», o de la «zozobra» y la «turbulencia» tan características de este periodo en términos generales.<sup>2</sup> Y todo ello a pesar de que el progresivo proceso que llevó a la consecución de los primeros estados nacionales de la modernidad, supusiera también que cada país llegase a experimentar los azotes coyunturales de maneras bien distintas. No en vano se habla de un «Siglo de Oro» español que corrió parejo a las permanentes catástrofes sociales que asolaron a la Monarquía Hispánica; de una equivalente «Edad de Oro» holandesa que nacía al compás de los latidos de esta nueva y próspera república calvinista; de una «Época de la grandeza» sueca que tenía que ver con un breve pero sorprendente despunte militar y político que este país emprendió a mediados de siglo; o, por supuesto, del «grand siècle» de Francia, el cual, a la fuerza, habría que relacionar en este caso con la imposición triunfante del sistema absoluto, con todo lo que ello podía implicar. Nada parecido, desde luego, a los derroteros iniciados por Polonia –víctima de un «diluvio» que la sumió en una era de decadencia remarcable–, o por Rusia, cuyas dimensiones inconmensurables todavía permanecían ajenas a la realidad cultural europea, y cuyo diagrama político sufrió igualmente un lamentable desbarajuste con la llegada de los Romanov al poder –la «época de los disturbios»–.

En fin, no es nada nuevo hablar del siglo XVII en términos de crisis. A pesar de las ocasionales dudas planteadas por algunos historiadores a la hora de ponderar el alcance que tal trance pudo acabar mostrando, no debería dudarse de los múltiples desequilibrios demográficos, económicos y sociales que buena parte del mundo europeo tuvo que soportar en estos tiempos.<sup>3</sup> El esplendor del Renacimiento,

<sup>1</sup> Roland Mousnier, *Furores campesinos: Los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)*, Madrid, Siglo XXI, 1976 [1ª ed. 1968]; y *Las jerarquías sociales de 1450 a nuestros días*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972 [1ª ed. 1969].

<sup>2</sup> Joseph Bergin (ed.), *El siglo XVII: Europa 1598-1715*, Barcelona, Crítica, 2002 [1ª ed. 2000].

<sup>3</sup> El debate sobre la crisis del siglo XVII surgió a partir de una serie de trabajos publicados en la revista *Past and Present* en 1954 a cargo de Eric Hobsbawm y Roland Mousnier (la traducción al español del texto original de Eric Hobsbawm: «La crisis del siglo XVII», en Trevor Aston, *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza, 1983; y en cuanto al trabajo de Mousnier: *Los siglos XVI y XVII: el progreso de la civilización europea y la decadencia de Oriente*, Barcelona, Destino, 1959). Los enfoques sobre el tema han sido muy variados, tanto que Francesco Benigno llegaría a afirmar que «la crisis del siglo XVII es hoy un tema desgastado, irremediadamente agotado y demodé» (Francesco Benigno, *Espejos de la revolución. Conflicto e identidad política en la Europa moderna*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 47). Para un acercamiento a los aportes bibliográficos de este debate: Philip Benedict y Myron Gutmann, «The General Crisis of the Seventeenth Century: A Bibliography», en *Early Modern Europe: From*

al fin y al cabo, se daba por finiquitado después de largas décadas de ruptura religiosa y con una serie de conflictos derivados que situarían a los sectores más vulnerables de la población ante escenarios de terror y declive: las guerras de religión en Francia; la rebelión holandesa; las agitaciones en el ducado de Moscovia; las contiendas balcánicas entre los Habsburgo austriacos y los turcos otomanos... o cómo no, la propia Guerra de los Treinta Años, que debemos tener por un conflicto armado sin antecedentes en la historia de occidente (y que, por lo desmesurado que fue, absorbió directamente muchas de las otras conflagraciones «locales» de la época). No hay más que recordar los escalofriantes grabados de Jacques Callot sobre los *desastres de la guerra*, o las andanzas desesperadas de Simplicius Simplicissimus en la novela de Grimmelshausen, para comprender que en efecto la vida cotidiana de los pueblos en Europa padeció una ruptura abrupta que de forma irremediable acabó por penetrar hasta la médula.

Tampoco sería descabellado asumir que esta panoplia de desencuentros internacionales tuvo que ser más bien insólita, y que en buena medida fue gracias a ella que las sociedades de la era de la Contrarreforma se manifestaron más proclives a protestar y a rebelarse contra el poder. No ha habido en la historia un siglo más belicoso que el XVII; baste con señalar este dato.<sup>4</sup> Los conflictos se extendían como nunca por la geografía, las potencias se aliaban conformando bloques que hasta el momento hubieran sido impensables, los ejércitos se profesionalizaban, crecían asombrosamente de tamaño, actuaban al servicio de monarquías centralizadas con una capacidad logística inimaginable décadas atrás. Su cariz, por tanto, podría ser tildado de revolucionario. Y como consecuencia directa, el alma de la gente –que no hacía sino sufrir los envites de la violencia institucionalizada– se iba recubriendo de una partícula rocosa que hoy podemos apreciar a través de los más representativos productos culturales del momento. Al menos esa es la hipótesis que cabría asumir como más lógica a la luz

---

*crisis to stability*, Newark, University of Delaware Press, 2005, pp. 25-31. Y de modo general –además de los fundamentales estudios de Trevor-Roper, Immanuel Wallerstein o Alexandra Lublinskaya, entre otros muchos autores–, se pueden consultar: Geoffrey Parker, y Lesley Smith (eds.), *The general crisis of Seventeenth Century*, Nueva York, Routledge, 1997; y Mark W. Konner, *Early Modern Europe: The Age of Religious War, 1559-1715*, Toronto, University of Toronto, 2008.

<sup>4</sup> Josef Vincent Polišenský, *War and Society in Europe: 1618-1648*, Nueva York, Cambridge University Press, 1978; Geoffrey Parker, *La guerra de los Treinta Años*, Barcelona, Crítica, 1988; Jan Glete, *War and the State in Early Modern Europe: Spain, the Dutch Republic and Sweden as fiscal-military states, 1500-1660*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002; Frank Tallet, *War and Society in Early Modern Europe: 1495-1715*, Londres, University of Nebraska Press, 1992; Kevin Cramer, *The Thirty Years' War and the German Memory in the Nineteenth Century*, Lincoln, Universidad de Nebraska, 2007; o Fernando Negro del Cerro, *La Guerra de los Treinta Años. Una visión desde la Monarquía Hispánica*, Madrid, Síntesis, 2016.

de lo que muchas de las mentes más brillantes e ingeniosas de nuestro panorama artístico europeo consiguieron crear durante el transecurso de aquel particular escenario marcado por las guerras constantes, por la incómoda presencia de tropas en poblaciones a priori pacíficas, o por la desmesurada presión fiscal que tales andanadas marciales hacían recaer sobre las masas empobrecidas (aquello que, en un ámbito que podríamos hacer extensivo a otros muchos lugares, Antonio Domínguez Ortiz identificó como el pistoletazo de salida de «la ruina de la aldea castellana»).

¿Acaso se nos escapa que la furia mostrada por el vulgo de *Fuenteovejuna* contra el Comendador Gómez de Guzmán –quien fue duramente apaleado y defenestrado, y al que humillaron arrancándole la barba antes de ser asesinado y descuartizado– provenía simplemente de la «ignorancia» comúnmente achacada a las clases populares? ¿No existía en el impulso de venganza de Pedro Crespo –«¡Juro a Dios que me lo habéis de pagar!»–, llegó a decir el personaje calderoniano al sucio capitán que violó a su hija– un componente importante de honor, de dignidad, diríamos, *horizontal*? Ni siquiera es casual que las autobiografías de soldados de relevancia acabasen por constituirse como un subgénero literario de especial demanda en nuestro país. Las venturas y desventuras de los pobres diablos que recorrían el globo en busca de fortuna y que presenciaban o protagonizaban episodios de gran violencia, debieron de generar por aquel entonces tanta curiosidad como también lo hicieron las famosas hagiografías, es decir, las descripciones pormenorizadas de las vidas de los santos antiguos y nuevos que –si bien encontraban su razón de ser en los requerimientos de la doctrina postridentina<sup>5</sup>– no escatimaban renglones cuando se trataba de hablar sobre los sanguinolentos martirios a los que muy a menudo aquellos individuos fueron sometidos.

Simplificando mucho las cosas, es igualmente cierto que el equilibrio y la armonía matemática heredados del pasado renacentista, acabaron por mutar en una mirada divergente mucho más tolerante con lo retorcido, con lo intrincado y con lo irregular. La destrucción de la guerra y las injusticias perpetradas por la propia oficialidad, hicieron que el tradicional optimismo y que la dignidad humana de las que tanto se había escrito, se viesan sustituidas por lentes teñidas de un color más oscuro. Aquí cabían la muerte –cuya presencia en el siglo XVII es sencillamente abrumadora, y para ello no hay más que echar un rápido vistazo a lo mejor de nuestra poesía áurea o, por qué no, al transnacional género pictórico de la *vanitas*–; o también la soledad, el tiempo, o el sueño (que como bien se sabe, ya no fue tenido como una

<sup>5</sup> Ronnie Po-Chia Hsia, *El mundo de la renovación católica, 1540-1770*, Madrid, Akal, 2010 [1ª ed. 1998].

evasión pasajera del mundo real, sino más bien como ese propio mundo, un mundo tan breve como inestable, que precedía a la realidad del más allá). Todo ello, pues, no era otra cosa que la respuesta cultural dada ante las vicisitudes de la vida férrea de los tiempos.

El propio sistema político que comenzaba a apreciarse como predominante en Europa –el absolutismo– se debía precisamente a la victoria precedente que los monarcas habían alcanzado durante las numerosísimas guerras civiles que en el panorama protomoderno llegaron a librarse entre facciones de grandes nobles que se disputaban el poder de los territorios. Y de esas victorias aparecieron seguidamente los prominentes liderazgos, tan a menudo de personalidad dura, inflexible y, en fin, autoritaria. «Lo que place al príncipe, tiene fuerza de ley». La sentencia es de Ulpiano, comentarista del siglo III; una de tantas de las que echaron mano los glosadores y juristas bajomedievales desde las universidades de Bolonia, Montpellier o Salamanca con el fin de convertir el derecho romano en un instrumento al servicio de los deseos de sus gobernadores. A pesar de todo, estas «nuevas monarquías», si bien contaron en efecto con un soporte teórico contundente –no olvidemos los *Seis libros de la República* (1576) de Jean Bodin–, ni fueron tan poderosas como siempre se ha creído, ni se extendieron geográficamente por la totalidad del continente europeo. Tampoco contaron con el beneplácito unánime de todas las autoridades extranjeras. Pensemos sin más que a los escritos pro-absolutistas más característicos del Barroco (los firmados por Thomas Hobbes, por Bossuet o por Robert Filmer), les salieron desde bien pronto sus correspondientes contrapuntos teóricos. Ya en los días de Catalina de Médici habían aparecido resistencias al sistema de gobierno que estaba siguiendo Francia, y es así que poco después comenzó a hablarse de los «monarcómacos», una lista muy limitada de autores que trataron de resistirse a la tendencia política imperante mediante la propuesta de postulados alternativos. En este país, François Hotman escribió un tratado titulado *Francoꝯallia* (1572) en el que protestaba contra la corona hereditaria (el pueblo había de contar con el derecho a elegir y deponer a sus monarcas); mientras que Philippe de Mornay publicó *Vindiciae contra tyranos* (1579), llegando a justificar la resistencia a la autoridad en situaciones de injusticia palmaria. Por su parte, el caso del escocés George Buchanan (coetáneo de John Knox) es aún más radical. En su obra *De jure regni apud Scotos* (1579), que sería poco después prohibida y quemada, la rebeldía contra la tiranía contaba con reflexiones extensas e interesantes.

Más nos sorprende, de todas formas, encontrar estudios equivalentes durante el pleno siglo XVII, cuando el poder absolutista logró perpetuarse en el tiempo (nos referimos a trabajos de autores tan de-

cisivos como Hugo Grotius, Spinoza o John Locke); aunque a este respecto debemos insistir en el hecho de que a lo largo de la era del Barroco, todavía llegaron a coexistir destacables alternativas que habrían de ser igualmente tenidas en cuenta. Naturalmente que Francia fue durante los días de Luis XIV el ejemplo paradigmático de esta forma de gobierno («El Estado, soy yo»), pero no todas las demás naciones lograron el mismo nivel de rigor absolutista, ni siquiera España, que todavía a mediados de siglo, bajo el dominio de los Austrias, estaba articulada por la unión de reinos diversos dispuestos a proteger sus identidades e instituciones propias, en ocasiones con la fuerza de las armas. Del resto de países, podríamos mencionar aquí los 350 estados distintos que conformaban el Sacro Imperio Romano Germánico (en el territorio actualmente comprendido por Alemania, Austria, República Checa, y por otras regiones circundantes), que fracasó rotundamente al pretender unirse como un solo cuerpo sólido, católico y centralizado. También en la península italiana había una notable división estatal, y sus partes, en algunos casos intimidadas por la codicia conquistadora de potencias extranjeras, ni siquiera tuvieron necesariamente que gobernarse bajo la forma de una monarquía. En cuanto a las Provincias Unidas del Norte, estas formaron en efecto una república al escindirse definitivamente de la administración española. Polonia era una frágil mole feudal donde la nobleza terrateniente todavía designaba –y controlaba– a sus reyes. Suecia, la mayor potencia protestante en la Europa del Barroco, no dio el paso al absolutismo hasta 1680. Dinamarca lo consiguió antes, en 1661, pero su empuje en el tablero político internacional perdía fuerza con rapidez. Hungría seguía estando en buena medida dominada por el Imperio Otomano. Y Rusia, todavía en estas fechas, permitía que su zar actuase como un autócrata propietario no solo de las tierras, sino también de las personas.

Si bien los poderes absolutos no dudaron en exprimir la fuerza y el aguante de la gente para soportar sus ambiciones expansionistas, es evidente que en otras latitudes diferentes la práctica tuvo que ser esencialmente la misma, como igualmente lo serían las «reacciones» de la gente que hubo de padecerlas. El ejemplo de Inglaterra es tan sorprendente como revelador al caso. Por extraño que en un principio pudiese parecer, la que entonces era una de las más pujantes economías de occidente (y a la postre, capital comercial del mundo), acabó viéndose envuelta a partir de la década de los 40 del siglo XVII en una concatenación de destructivas guerras civiles que alcanzaron sus puntos culminantes con la ejecución de su monarca en 1649 –a quien se consideró «enemigo público de las gentes honradas de la nación»–, y con el establecimiento de la insólita República de Oliver Cromwell a partir de entonces. En los debates de Putney los soldados apostaron

por formas de gobierno totalmente rompedoras que contrastaban con la tónica continental, y en el fragor de aquel caldo de cultivo surgieron sectas y grupos subrepticios que llegaron a apostar por una posible socialdemocracia (los *levellers*), o incluso por una especie de comunismo agrario (impulsado por el curiosísimo personaje Gerrard Winstanley, fundador de los *diggers*, que llegaría a manifestar que «el hombre pobre tiene el mismo derecho a poseer la tierra que el rico»).

### La dialéctica de la revuelta

Por lo comentado en las líneas anteriores, se deducen las razones que llevaron ocasionalmente a los hombres y las mujeres del Diecisiete a confrontarse, cara a cara, a las autoridades. Aunque también es cierto que durante el siglo XVI habían estallado asimismo, sobre todo en Francia y Austria, multitud de tumultos de toda clase; y esto se debió muy seguramente al hecho de que la era del Renacimiento estuvo igualmente contaminada de guerras permanentes y de episodios inevitables de mal gobierno. En cualquier caso, la diferencia que podríamos subrayar ahora entre las revueltas de uno y otro momento, tiene precisamente que ver con el tema que tratábamos al final del anterior epígrafe, pues así como durante el tiempo de los humanistas existieron todavía miembros de las elites locales que decidieron unirse a las reivindicaciones del pueblo en sus protestas con el fin de alcanzar sus propias ambiciones (es decir, con el fin de derrocar a los monarcas cuyo poder se estaba afianzando), esta tendencia acabó por diluirse notablemente un siglo más tarde ante el imparable empuje que el absolutismo operaba sobre muchos territorios (de hecho, ahora, los intereses de esas elites ya empezaban a coincidir con los de sus mandatarios).

Las revueltas barrocas eran por tanto –y salvando las evidentes excepciones que por supuesto hubo– de un carácter más «popular» que las de la centuria precedente. Estuvieron protagonizadas de un modo más claro por las gentes de «abajo» que se enfrentaban con las de «arriba», y en ese sentido contaban asimismo con un discurso más sencillo, más simple y elemental que el observado con anterioridad. Las causas que las desataron no siempre fueron las mismas, aunque sí que podría establecerse como hilo conductor aquella tensión palpable que estaba generando la mencionada consolidación del sistema absoluto, que muy seguidamente conllevaba un coste de mantenimiento a menudo inasumible por el pauperismo multitudinario de esos tiempos.<sup>6</sup> La presión fiscal, por tanto, sumada al agravamiento progresivo

<sup>6</sup> Perez Zagorin, *Revoluciones y revoluciones en la Edad Moderna. I. Movimientos campesinos y urbanos*, Madrid, Cátedra, 1985; y «Rethinking Revolutions: Integrating Origins, Processes, and Outcomes», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 29-1 (2009), pp. 18-32.

de la situación económica general, o también a la ya clara pérdida de derechos antiguos que en muchas regiones europeas quedaron por el camino conforme el proceso de centralización de los estados se hacía evidente, pudieron ser, muy probablemente, factores de riesgo en estos casos; sin dejar de lado, cómo no, otros elementos igualmente evidentes que, como ya sabemos, fueron propios de la época: la omnipresencia de la guerra, la persistencia del régimen señorial en tiempos de un capitalismo progresivo, o la pujanza de los entornos urbanos marcadamente dependientes de un campo con frecuencia pobre y olvidado.<sup>7</sup> Todas ellas son cuestiones que para nada carecerían de importancia a este respecto.

También merece subrayarse el hecho de que debido al elevado índice de coyunturas violentas que tuvo lugar durante todo el siglo, no siempre es fácil para los historiadores recurrir a una categorización fiable de lo que entenderíamos por «protesta barroca», por mucho que tampoco hayan faltado tentativas dirigidas en esta dirección. Quizás una de las posturas más interesantes sea la defendida por Alexandra Lublinskaya, para quien el término *revolución* se quedaría un poco grande en los casos registrados –pues solamente con reservas podría afirmarse que tanto en los Países Bajos como en Inglaterra llegaron a conseguirse cambios en las estructuras políticas y sociales–, debiendo adoptar por el contrario el de *rebelión* o *revuelta*, que acogen significantes más ajustados a la realidad, en tanto en cuanto ahora no nos referiremos tanto a movimientos de «ruptura» como de «cambio temporal».<sup>8</sup> Es importante recalcar esta idea. Al fin y al cabo –y aunque desde luego haya notables excepciones y multitud de matices identificables–, la mayoría del tiempo el poder, el «control», terminaba por sofocar los levantamientos para afianzarse y reafirmar las posturas oficiales. Esa es la razón por la que muchas de las tropelías callejeras solían contar con «vivas» al rey gritados por parte del pueblo enfurecido, que en el medio de su fulgor no olvidaba tampoco que tras el cénit de la algarada se sucederían las represalias.

La división entre revueltas campesinas y revueltas urbanas también ha gozado en líneas generales de una buena acogida por parte de los expertos; aunque en este caso, tampoco deberían pasarse por alto las consideraciones trazadas por Rodney Hilton al llamar la atención sobre el carácter híbrido de muchos de estos episodios (que además, recurrentemente comenzaban en el campo para acabar extendiéndose

<sup>7</sup> Jack Goldstone, *Revolution and rebellion in the Early Modern World*, Los Ángeles, University of California Press, 1991; o Charles Tilly, *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1995 [1ª ed. 1993].

<sup>8</sup> Alexandra Lublinskaya, *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo*, Barcelona, Crítica, 1983.

por las atmósferas metropolitanas).<sup>9</sup> El ejemplo paradigmático sobre lo que hablamos ocurrió de manera casi constante en Francia durante décadas. El movimiento de los «Croquants» de 1624 es, de hecho, especialmente impactante. Boris Porshnev nos informa de las bandas formadas por soldados retirados y campesinos enfurecidos que, armándose con guadañas, venablos y estacas, acabaron conformando un ejército de miles de individuos movidos por el ansia de matar a los «elegidos» (aquellos recaudadores de impuestos que eran vistos como el foco principal de todos sus males).<sup>10</sup> Aquí, por tanto, ya nos estamos refiriendo a un fenómeno muy característico, de eminente componente «popular», que centraba su impulso en la lucha contra el abuso de poder y sus agentes, que tenía su germen en lo más alejado de la corte –el campo–, pero que alcanzaba con ímpetu la ciudad. Y todavía hubo más, por supuesto: los «va-nu-pieds» de Normandía en 1639; la oleada de movimientos campesinos entre 1655 y 1670; o los «Bonnets rouges» de Bretaña en 1675. Por no hablar, qué duda cabe, del fundamental estallido de la Fronda (1648-1652), o de acontecimientos igualmente trascendentales como fueron el que tuvo lugar en Bretaña en 1675 –cuando el aumento de las tasas sobre la vajilla de estaño, el tabaco y el papel sellado motivaron a los nuevos pobres a enarbolar banderas rojas como símbolo de protesta–; o el de Burdeos de 1635, causado en este caso por el encarecimiento del vino. «Esta turba sediciosa –escribiría un oficial real por aquellos días–, aunque fuera de más de 3000 personas, no estaba sin embargo compuesta más que de la parte más baja del pueblo».

La represión tras el brote insurrecto era naturalmente un factor común a todos los ejemplos; e igualmente lo era la consiguiente reinstauración de los órdenes sociales oficializados, ya hemos hecho alusión a ello. Pero no debemos olvidar ahora que en la ecuación también había otro componente no menos importante que los anteriores, un componente que podía contribuir a transformar la opinión pública y a mantener suspendido en el espacio un punto de vista favorable a los sujetos del poder una vez la violencia hubiese remitido a niveles mínimos. Nos referimos al relato de los hechos, aquel que era capaz de reducir toda la complejidad del proceso en una historia de polos definidos y antagónicos. De ahí que los cronistas y panfletistas del momento se esforzasen siempre por estereotipar las múltiples identidades de los agraviados bajo rostros homogéneos: la «turba» gris y sediciosa, o el «vulgo» ignorante y peligroso, que rara vez –por no decir nunca– ha-

<sup>9</sup> Rodney Hilton, *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, Barcelona, Crítica, 1988 [1ª ed. 1985].

<sup>10</sup> Boris Porshnev, *Les soulèvements populaires en France au XVIIe siècle*, París, Flammarion, 1972.

cían verdadera justicia a la mecánica más profunda de lo acaecido. Y es así que tampoco han faltado, por tanto, historiadores que a la hora de diseñar clasificaciones algo precisas de los movimientos populares en el siglo XVII hayan optado por ofrecer un análisis quizás más detallado a este respecto, dejando ver que tras el aspecto visible de la lucha de clases, se pudieron esconder también elementos de diversa naturaleza. En opinión de Pillorget hubo, de hecho, tres modelos de revuelta en función de quiénes fueran los implicados en cada movimiento (que se moverían por aspectos materiales, personales, o de índole «nacional», respectivamente);<sup>11</sup> mientras que, según los autores, las categorías se han llegado a ampliar hasta cinco, que variarían en función del grado de importancia apreciado en las pretensiones del pueblo (desde la simple muestra de rabia puntual, hasta la voluntad secesionista de toda una nación).

La tipología más o menos amplia a la que estamos haciendo referencia está del todo justificada, muy a pesar de que en efecto los aspectos visibles de estos episodios respondiesen a patrones conductuales relativamente frecuentes: el desarrollo de los rumores preliminares en la calle, el punto de inflexión que se producía con la primera reacción agresiva que arrastraba a los circundantes, el repique de las campanas y la toma de puntos estratégicos para movilizar a los barrios, la repartición de armamento a la gente anónima, o el necesario contacto que inmediatamente se establecía con poblaciones cercanas que pudiesen apoyar o respaldar la algarada. Todos ellos eran aspectos frecuentes, por tanto. Pero sería un error considerar de todas formas que cualquier insurrección de tinte popular, solo por el hecho de reunir estas últimas características mencionadas –que hasta cierto punto eran atemporales–, pudiese llegar a desarrollarse bajo premisas equivalentes; y en este sentido no tenemos más que echar un rápido vistazo a la panoplia de protestas colectivas que tuvieron lugar en los variados territorios de la Monarquía Hispánica durante las tensas décadas de los 30, los 40 y los 50 del siglo XVII, pues aquí, como se hace palmario, no siempre se operó bajo los mismos cánones tipológicos o conductuales.<sup>12</sup>

¿Hasta qué punto son comparables el «motín de la sal» de Vizcaya (1631-1634) con el agitado proceso de independencia de Portugal (1640-1665), o la «guerra dels Segadors» en Cataluña (1640-1652) con

<sup>11</sup> René Pillorget. «La Contrarrevolución durante la Revolución: el ejemplo del triángulo Lyon-Toulon-Toulouse», en Joaquín Veríssimo Serrao, Alfonso Bullón de Mendoza Gómez de Valugera (coords.), *La contrarrevolución legitimista (1688-1876)*, Madrid, Editorial Complutense, 1995, pp. 99-112.

<sup>12</sup> VV.AA., *1640: La Monarquía Hispánica en crisis*, Madrid, Crítica, 1991; Robert A. Stradling, *Europa y el declive de la estructura imperial española, 1580-1720*, Madrid, Cátedra, 1981; o Irving A. A. Thompson, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Barcelona, Crítica, 1981.

las alteraciones andaluzas (1648-1652)? ¿Fueron acaso revueltas plenamente equiparables las del duque de Medina Sidonia y el marqués de Ayamonte (1641) y la del duque de Híjar en Aragón (1648)? Por innecesario que pueda parecer mencionarlo, es preciso recalcar que si bien todos estos casos contaron en su capa más epidérmica con características similares y que en su conjunto tuvieron su razón de ser en un mismo contexto amplio de decadencia, ni siempre compartieron intereses equivalentes, ni sus agentes tendieron a proceder de un mismo rincón social. La gran insurrección de Nápoles de los años 1647 y 1648, por ejemplo, tuvo ya desde sus inicios como cara más visible la del carismático vendedor de pescado Masaniello, que con su puntiagudo gorro rojo se subía cada mañana a una caja de madera, y desde allí daba el parte a sus múltiples secuaces de las casas que debían ser quemadas. Sin embargo, parece importante recalcar que el liderazgo de este jovencísimo tirano –al que quizás podríamos atribuirle aquel rasgo tan exclusivo que Gustave Le Bon denominaba como *prestigio*<sup>13</sup>– fue cuando menos efímero, pues duró solamente diez días de los nueve meses con los que se alargó la insurrección; y que desde luego, su notable participación en los tumultos de aquellos momentos, como la de muchos de los otros trabajadores humildes que comenzaron a protestar arrojando frutas de un mercado a los recaudadores de impuestos, a su vez estuvo respaldada por la paralela cooperación de otros sectores más selectivos del entramado social, que por su parte contaban, claro, con intereses muy particulares y distintos a los anteriores.

### Las emociones zaragozanas

Los estallidos de violencia colectiva que puntualmente asolaron la capital aragonesa encontraron su razón de ser en el mismo contexto de crisis continental del que ya hemos ido hablando.<sup>14</sup> La coyuntura internacional de finales del siglo XVI no había presagiado un devenir distinto al fin y al cabo, con la irresoluble rebelión de Flandes, con el fiasco sufrido por la Marina española en su intento de invadir Inglaterra, o con el fortalecimiento visible de Enrique IV en Francia. Todos estos golpes tuvieron su repercusión directa en Zaragoza, ciudad cada vez más dependiente del centro de la Corte, y las señales del retraso no tardaron en llegar. Cuando la urbe todavía padecía las secuelas de la represión que Felipe II ejerció para dar por concluida la rebelión de 1591, en 1610 el sucesor en el trono aprobó la expulsión de los

<sup>13</sup> Nos referimos a su obra *La psychologie des foules* (1895), ampliamente analizada y discutida por Sigmund Freud en su famoso ensayo *Psicología de las masas* (1921), que entraña gran interés para el tema que aquí tratamos.

<sup>14</sup> Juan Postigo Vidal, *El paisaje y las hormigas. Sexualidad, violencia y desorden social en Zaragoza (1600-1800)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad, 2018.

moriscos de todo el territorio hispano peninsular, lo cual supuso en Aragón la pérdida del 15% de su población total. El drama social y económico que esta medida acarrió no se vería sino incrementado además durante los años subsiguientes debido a los amplios periodos de malas cosechas que golpearían los campos de la Harta, o también a las hambrunas, a las crisis de subsistencias y a las epidemias que en consecuencia se irían desatando.

Tal y como ocurría en otros lugares de Europa, a inicios del siglo XVII, de cada cien nacidos en Zaragoza veinte fallecían antes de cumplir un año y solo la mitad llegaba a cumplir veinticinco. En la ciudad muchos bebés nacían y morían al mismo tiempo, y su sociedad, quizás por pura necesidad, asumía como verdades indiscutibles toda aquella clase de discursos doctrinales que desde arriba le eran transmitidos a través de aparatos de difusión de la información recargados de visualizaciones simbólicas. Algunos de los sueños proyectados durante los tiempos del Renacimiento no llegaron a desarrollarse con efectividad a lo largo de los años. El esplendor cultural que vivió la ciudad en el siglo XVI, con el avance deslumbrante de la imprenta y con la aparición de ideas filosóficas innovadoras, no se tradujo en un verdadero incremento de los límites culturales de la gente común; muy al contrario, acabó sirviendo a los intereses de una elite cada vez más capaz de prevalecer física e intelectualmente sobre las capas populares. Tampoco la mítica riqueza de la tierra zaragozana permitió alternativas de futuro esperanzadoras; el pueblo siguió permaneciendo de hecho vulnerable a los caprichos del clima aun cuando en muchos otros puntos de occidente otras fuentes de riqueza ya eran una realidad constatada.

Por si esto fuera poco, con la celebración de las Cortes de Barbastro en 1626, se volvía a hacer patente la voluntad de intromisión que la Corona pretendía ejercer sobre el Reino.<sup>15</sup> Influenciado por el conde-duque de Olivares, quien quería contar con un ejército permanente a disponibilidad del rey y financiado por todos los estados de la monarquía, Felipe IV se dispuso a pedir a los aragoneses una alta contribución; una petición que llegaría a hacerse particularmente visible una vez Francia decidiese participar en la Guerra de los Treinta Años. En 1638, por tanto, Zaragoza respondió a los requerimientos de su soberano mandando 1000 soldados llamados a combatir a los galos sitiados en Fuenterrabía; era esta la primera de una larga lista de aportaciones militares que la ciudad concedería como muestra de lealtad a su rey (sin ir más lejos, otros 1000 infantes serían destinados al año siguiente al Rosellón con los mismos propósitos). Las ayudas

<sup>15</sup> Gregorio Colás Latorre y José Antonio Salas Ausens, «Las Cortes aragonesas en 1626: el voto del servicio para su pago», en *Estudios*, Zaragoza, Universidad, 1975, pp. 87-139.

tanto de hombres como de dinero fueron a partir de entonces cosa frecuente para los aragoneses, que tristemente acabarían acostumbrándose a convivir con la permanente presencia de tropas militares en sus tierras –y lo que eso podía implicar–.<sup>16</sup> Todo ello se incrementaría exponencialmente mientras durase la devastadora guerra de Cataluña, cuando el paso de destacamentos fue prácticamente ininterrumpido;<sup>17</sup> y no menos grave acabaría siendo el impacto que todos estos desastrosos acontecimientos producirían en el potente flujo migratorio de jóvenes procedentes del sur de Francia, quienes tradicionalmente habían acabado residiendo en la capital aragonesa para enriquecerse, para promocionar socialmente y, en muchos casos también, para formar nuevas familias.<sup>18</sup>

El motín llamado «de los valones», que tuvo lugar en Zaragoza durante el 14 de mayo de 1643, vino motivado por estas cuestiones. Tras el fondo de crisis que hemos descrito, ha de añadirse a este respecto la desilusión que hubieron de causar las recientes victorias de La Motte ya dentro del territorio aragonés (con la especialmente gravosa toma de Monzón entre 1641 y 1642); o los agravios para toda la Corona que llegaron desde el este, pues tampoco debe pasarse por alto que el 16 de enero de 1641 Cataluña se había proclamado como república, y que días más tarde, el 23 del mismo mes, anunciaría su obediencia al monarca francés Luis XIII. Ante tales perspectivas, el constante paso de tropas por Zaragoza y otros lugares acabó siendo visto por la población como una molestia insufrible que parecía no ir a detenerse en un intervalo de tiempo reducido; y es por ello que el comportamiento tan cuestionable de los 300 soldados valones que recalaron en la ciudad para dirigirse bajo las órdenes de Felipe de Silva al frente catalán, hizo saltar la chispa espontánea del desorden colectivo.

A partir de aquí, nos apoyaremos en el testimonio de dos individuos que recogieron descripciones interesantes de aquella intensa jornada que, según nos certifican las fuentes, finalmente supuso la verdadera matanza de decenas de soldados a manos de la muchedumbre enfurecida. Los resultados de su análisis nos han permitido elaborar la siguiente tabla, en la que podrán seguirse de manera cronológica los sucesos del motín y en qué lugar de la ciudad tuvieron lugar en cada

<sup>16</sup> Enrique Solano Camón, *Poder monárquico y Estado pactista (1626-1652). Los aragoneses ante la Unión de Armas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (IFC), 1987.

<sup>17</sup> De un modo general, debe consultarse: John H. Elliott, *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)*, Barcelona, Siglo XXI, 1977. Y llevado al ámbito local: Porfirio Sanz Camañes y Enrique Solano Camón, «El impacto de la guerra de Cataluña en Aragón: la difícil convivencia entre las tropas y la población civil», en *Revista de Historia. Jerónimo Zurita*, 94 (primavera 2019), pp. 67-93.

<sup>18</sup> Christine Langé, *La inmigración francesa en Aragón (siglo XVI y primera mitad del XVII)*, Zaragoza, IFC, 1993.

caso. El primero de esos testimonios tiene como protagonista al Superior del convento de Nuestra Señora de Jesús de los padres franciscanos, lugar que, como se verá, fue uno de los escenarios más importantes de aquella matanza. El segundo es de tipo anónimo, más breve e insustancial que el anterior, y carente de referencias que indiquen con decisión que el sujeto en cuestión pudiera haber estado realmente allí (ya que se limita a recoger los testimonios de los ciudadanos que presenciaron lo ocurrido).<sup>19</sup>

Tabla 1. Consecución de los hechos del motín de los valones (1643) según el relato de dos testigos

	Relato primero	Relato segundo
Margén norte del Ebro, en el Arrabal	<p>-Uno de los soldados trata de quitar un trozo de carne a un campesino que pasa por allí.</p> <p>-Otro soldado hace lo propio con una mujer que llevaba unas lechugas.</p> <p>-Unos estudiantes comienzan a tocar unas armas depositadas junto a un cuerpo de guardia.</p> <p>-Un vendedor que pasa tira con su cabalgadura las armas apoyadas. Es golpeado por un soldado, y el vendedor saca una daga.</p> <p>-Los estudiantes empiezan a apedrear al cuerpo de guardia.</p> <p>-Los soldados hacen llamamiento a las armas; los estudiantes salen corriendo y montan en una barca que les llevará a la otra orilla.</p> <p>-Uno de los soldados dispara un mosquetazo a la barca y alcanza a una mujer en el brazo, cayendo esta y una acompañante suya al río. Las dos se salvan.</p>	<p>-Todo comienza entre las tres y las cuatro de la tarde.</p> <p>-Unos soldados quieren quitar unas lechugas a una mujer. Unos soldados del cuerpo de guardia se enfadan al no recibir cortesía de unos viandantes. Un soldado comienza a apalear a alguien que se acerca a un arcabuz apoyado en un muro. Hay pedradas y cuchilladas.</p> <p>-Los ciudadanos corren a las barcas con el llamamiento a las armas de los soldados.</p> <p>-Un soldado dispara a una barca y una mujer y un hombre son alcanzados. A continuación, caen al río. Se ahogan tres personas.</p> <p>-Muchos de los que ven lo que ocurre desde la otra margen, se arman con espadas y embarcan hacia el Arrabal, asesinando en las huertas a todos los valones localizados. Hay saqueos.</p>

<sup>19</sup> Los testimonios de los que estamos hablando se encuentran en el Manuscrito 2.375 de la Biblioteca Nacional, que puede consultarse digitalizado online. Una primera aproximación a esta fuente la hallamos en: Jesús Maiso González, «La coyuntura económica de Aragón a mitad del siglo XVII y el motín contra los valones», en *Cuadernos de Investigación de Geografía e Historia*, 1 (1975), pp. 105-108.

	Relato primero	Relato segundo
Centro de la ciudad	-La ciudad se alborota conforme el jurado Quinto recorre la ciudad a caballo gritando «tomen sus armas y cierran las puertas, y las mujeres arrojen piedras de las ventanas».	
Convento de Jesús	-Viendo los desórdenes, algunos soldados tratan de refugiarse aquí. -17 de los soldados son asesinados en la iglesia. Uno de ellos está abrazado al tabernáculo del Santísimo Sacramento; otro ya se está confesando arrodillado en el suelo. -Otros 17 mueren en dependencias del convento. Algunos se abrazan a los frailes. -3 más mueren en los alrededores: huertas y paseos.	-Las puertas de la iglesia son derribadas, y allí dentro mueren entre 18 y 20 valones. -En el convento hay hasta 140 valones en estos momentos.
Huertas del Arrabal	-Mueren 12 soldados.	
Llegada de personajes destacados al lugar	-Desembarcan de diferentes embarcaciones el Virrey, Felipe de Silva, el Justicia, y varios ministros y caballeros. No consiguen apaciguar al pueblo.	-Desembarcan el Virrey, el conde de Castelflorit, Felipe de Silva, el conde de Fuentes, y otros señores y caballeros.
Centro de la ciudad	-La multitud, ya armada, trata de dar caza a todos los soldados valones localizados. -Uno de esos soldados muere sin opción a escapar por tener que apoyarse en un bastón para andar. Otro es abatido en un rincón por no hallar ninguna iglesia o cárcel abierta. -«Muchos» mueren dentro de las casas particulares donde se refugian. -Otros mueren en los conventos, especialmente en el de San Agustín.	

	Relato primero	Relato segundo
	-Un oficial detiene a un asesino y lo lleva a la cárcel, pero el pueblo se agolpa en el exterior y consigue su liberación bajo la amenaza de hacerse con la instalación y liberar a los presos.	
La Aljafería	-Mucha gente acude al lugar al saberse que una parte importante del contingente de los valones reside en su interior. Algunos inquisidores salen a la calle y convencen a quienes allí esperan de que ningún valón espera dentro. Se producen momentos de tensión. Dos piezas de artillería son sacadas del fuerte como advertencia. Al anochecer, el pueblo se retira.	-Una multitud promete degollar a todos los soldados extranjeros del interior. -Muchos llegan ante el rumor de que nuevas compañías de valones se aproximan saqueando la ciudad por el Portillo. -Los señores del Consejo, jurados y ministros, el duque de Villahermosa y otros caballeros, consiguen persuadir a la masa de que no continúe con sus intenciones.

Según parece, el relato del franciscano fue puesto sobre el papel por un tercero que escuchó los detalles de la narración por boca del religioso dentro de alguna estancia del palacio arzobispal, en la plaza de la Seo, adonde habría acudido para denunciar los múltiples destrozos que había sufrido su iglesia tras los saqueos y la violencia. En el instante en que dio comienzo el motín, este hombre aseguró encontrarse dentro del Pilar «estando yo oyendo las vísperas», cuando «oí levantarse un notable rumor por la ciudad, con lo qual todos los que estaban en la iglesia se alborotaron». Saliendo por la puerta que daba al río, aseguró haber visto que el pueblo ya andaba alborotado y armado, cosa que había ocurrido, según lo certificaron después otras personas, por un incidente aislado pero muy significativo que había tenido lugar en la otra margen, la del Arrabal. Allí era donde ese contingente amplio de soldados valones que se dirigía al frente catalán para defender la causa de Felipe IV había establecido su cuerpo de guardia desde hacía dos días. Seguramente por no recibir su paga a tiempo y por tener necesidad de abastecerse, los militares acabaron cometiendo alguna afrenta puntual tratando de arrebatar comida a los campesinos de la zona (se menciona a un villano que se resistió a darles carne, y a una mujer a la que arrebataron unas lechugas y que «empeçó a dezirles a

todos las más desvergonçadas injurias que imaginarse pueden»). Da la sensación asimismo de que un grupo de estudiantes quiso aprovechar la situación para tentar al diablo tocando y cogiendo algunas armas de aquel cuerpo de guardia, y de que, además, cuando otro vendedor tiró accidentalmente con su cabalgadura algunas de esas armas al suelo, se produjo la definitiva escena de tensión entre los valones que estaban presentes y el hombre que ya había desenvainado su daga dispuesto a defenderse. Lo que ocurrió después, no es más que la inevitable sucesión precipitada de los acontecimientos más desafortunados: los estudiantes reaccionaron arrojando piedras a los soldados; estos últimos, «la mayor parte muchachos», hicieron llamamiento a las armas; y como consecuencia de ello, tanto los estudiantes como otros trabajadores en escena intentaron montarse en las barcas y huir cruzando el río hacia la margen sur.<sup>20</sup>

No queda claro si algún zaragozano murió en estos instantes, pero sí que parece que los arcabuzazos disparados por los soldados de la orilla hacia las barcas alarmaron a la gente. «Con esto se alborotó toda la ciudad, y todos los de Zaragoza se empeçaron a armar, como si hubiera llegado el enemigo, antes más porque avía menos peligro». Tras el punto de inflexión mencionado, pues, la ciudadanía se movilizó espontáneamente y dio rienda suelta a una rabia muy seguramente acumulada desde tiempo atrás. El jurado quinto de Zaragoza atravesó a galope en su caballo la ciudad pidiendo a todos prepararse para el combate; los hombres habrían de armarse para el cuerpo a cuerpo, y las mujeres se tendrían que quedar en sus casas y hacerse con piedras para lanzarlas desde ventanas y balcones.

Barcas llenas de hombres furiosos regresaron al Arrabal. Allí, entre las huertas y los caminos, comenzaría la matanza de los valones, de esa multitud de jóvenes asustados que a veces infructuosamente trató de encontrar algún lugar cerrado donde guarecerse; y en este sentido, era bien sabido en la época que ningún espacio como el sagrado –donde comúnmente fugitivos y criminales hallaban el amparo incondicional de los religiosos cuando la justicia les pisaba los talones– era capaz de proporcionar tal nivel de seguridad. Así se entiende que el voluminoso convento de Nuestra Señora de Jesús, del cual contamos con una descripción gráfica bastante bien ajustada gracias a la pluma de Wynngaerde, que en 1563 lo representó en primer plano dentro de su famosa vista de la ciudad, se convirtiese de súbito en refugio temporal para los valones en aquellos instantes. «Pero no les valió porque

<sup>20</sup> La necesidad de montar en barcas para cruzar el río se debe a los destrozos causados por la riada de la Cuaresma de 1643, que se había llevado por delante el puente de Tablas y las arcadas centrales del puente de Piedra. En la famosa vista de Juan Bautista Martínez del Mazo realizada en 1647 todavía se ven los llamativos desperfectos del principal puente de la ciudad.

dentro de la iglesia mataron [a] diez y siete hombres –diría el franciscano al hablar de su propio convento–, y entre ellos a un moço que estaba abraçado con el tabernáculo del Santíssimo Sacramento, cuya hermosura hizo más lastimosa su muerte. A otro también que estaba cuydoso de su alma actualmente confesándose con sacrílegas manos desviando violentamente el confessor cruelmente así arrodillado le mataron. En el Convento de los Frayles también mataron [a] otros diez y siete, algunos de los quales estaban abraçados con los frayles, pero estaban tan lejos de perdonarles por esto, que antes hubo religioso que quedó herido por estarlo con un valón».

Ninguna reacción favorable hubo cuando en señal de advertencia se sacó a la calle el Santíssimo Sacramento, que fue tratado como un simple «pedaço de pan» por el pueblo; ni cuando uno de los monjes gritó frustrado que ni en Inglaterra se cometían sacrilegios de ese tamaño. Naturalmente que hubo hurtos en ese y otros templos. A los muertos se les despojó de los zapatos, se les hurgó en los bolsillos en busca de alhajas valiosas. Hubo ensañamiento con algunos cuerpos moribundos. Y hubo comportamientos supersticiosos y de una religiosidad rayana en lo fantástico. La gente se comportaba bajo impulsos de gran atrevimiento. Al igual que la devoción era pasada por alto, también lo fueron en aquellos instantes las jerarquías sociales. En ambos relatos se insiste en la idea de que los más destacados miembros de la elite que se decidieron a cruzar las aguas del Ebro para tratar de apaciguar los ánimos de la masa, fracasaron estrepitosamente en sus intentos, exponiéndose además a ser menospreciados y ridiculizados.

«Acudió [...] a sosegar [a] la gente Don Phelipe de Silva, el qual viendo que no le querían pasar los de la Barca por tener orden del Virrey que se estuviesen en medio del río, y que no pasassen a nadie, él hizo que le pasassen en un barquillo, pero lo mismo obró su persona que la Xpto, y el Virrey también: pasó el Justicia, el qual diciendo a la gente mirad que soy vuestro Justicia, tuvo por respuesta, que era un pícaro traydor: y el mismo efecto tuvieron las diligencias de otros Ministros y Cavalleros; antes hubo quien dijo al Virrey que mirasse cómo gobernaba, porque si no lo mismo harían del que de los valones, y a un juez le dixo un plebeyo que por ellos avían de empear; y aun yo oí a unos que iban corriendo por las riberas de Ebro, y diciendo que si se recogían valones en la casa del Virrey la quemarían.»

Ya no había casa abierta para ningún soldado valón, y según asegura el primero de los testigos, fueron también muchos quienes refugiándose en residencias particulares acabaron siendo localizados y asesinados. Lo mismo ocurrió por los templos de toda la urbe, «especialmente en el de los Agustinos», «y si no hubiese sido porque los religiosos y algunos franceses salvaron más de 50 hombres, a todos los

hubieran muerto del mismo modo». La intolerancia había alcanzado tal grado, de hecho, que todo aquel que vistiera en aquellos momentos como un extranjero corría el riesgo de ser atacado con crueldad. Y fue de ese modo que, alimentándose la confusión y acrecentándose los ánimos, hubo igualmente altercados muy significativos en las cárceles reales, y también en la Aljafería, donde parece que se dio por finalizada la tumultuosa jornada con acontecimientos que de forma exagerada fueron comparados con los del 1591: «Solo añadido que el mismo Arçobispo de la ciudad dijo al Superior de casa que lo que sucedió en tiempo del Señor Rey Don Phelipe 2º, quando lo del secretario Pérez, de lo qual él se aquerda muy bien, no fue nada en comparación de lo que sucedió aquel día; y un padre que está en mi casa, y se halló en lo que sucedió en la última reboluçión de Barçelona aseçura que fue más espantoso el tumulto de Zaragoza».

Aunque después de la descripción que acabamos de ofrecer sobre los sucesos de aquel fatídico día no es fácil ponderar con acierto hasta qué punto los zaragozanos se dejaron llevar como nos aseguran los documentos por la más radical de las sinrazones, lo que sí parece seguro es que en el medio de aquel fragor, la imagen del «otro» se erigió invariablemente como potencial objetivo. Se nos habla incluso de un hombre que fue vapuleado y acorralado por la multitud en los términos del palacio arzobispal por la sencilla razón de proceder de alguna nación extranjera. Es momento, por tanto, de que hagamos mención de esta cuestión que, a nuestro juicio, es de vital importancia al caso, pues fue en esta coyuntura general cuando el odio y la repulsa al extranjero, y muy concretamente al extranjero francés, comenzó a fraguar con mayor vigor. Se conocían bien los desmanes protagonizados por la soldadesca francesa en numerosas localidades orientales de Aragón. La profanación de iglesias y templos, la destrucción del patrimonio, el robo y la venta de piezas artísticas y materiales preciosos, entre otros comportamientos mezquinos, fueron detectados de manera especial en Monzón, Binéfar, Almunia de San Juan o en Tamarite de Litera. No suena por ello extraño que durante las Cortes aragonesas de 1645-1646 saliera a la luz el fuero *Quod extraneus a regno et alienigenis ad officia non admittendis*, que vetaba el acceso a los cargos del reino a los franceses y a sus descendientes.

El impacto de medidas como esta pudo ser quizás mayor del que en un principio cabría pensar. Al fin y al cabo, desde los comienzos de su llegada, esta comunidad de franceses inmigrantes se dedicó profesionalmente y con éxito a las tareas agrarias, artesanales y comerciales, factor que si bien favoreció su integración social en un primer momento (prueba de ello es que muchos de ellos llegaron efectivamente a casarse con mujeres zaragozanas), igualmente los convirtió

en un blanco fácil cuando en el curso del Seiscientos y también del Setecientos estallaron las acostumbradas crisis de subsistencias. Con el agravamiento de la situación en Cataluña, con la persistencia de los periodos de malas cosechas, con el impacto de la despoblación que en el contexto de guerra se produjo, y por supuesto, con el inmenso colapso sufrido a todos los niveles con la llegada de la peste de 1652, la mala prensa cosechada por esta importante comunidad de franceses no fue sino acrecentándose con el paso de los años.

El siguiente motín al que vamos a referirnos, si bien tuvo lugar décadas más tarde que el de los valones y por circunstancias a priori diferentes, acabó reuniendo en su consecución rasgos muy similares al del anterior tumulto (por no mencionar el hecho de que tuvo como decimos a los pobladores franceses de Zaragoza como principal punto de mira). La documentación utilizada en este caso procede de un proceso criminal iniciado por instancias del tribunal eclesiástico sito en los términos del palacio del arzobispo, y se inició por un asesinato perpetrado en la puerta principal del Pilar durante el momento álgido de las protestas. Consta en su conjunto de un sucinto informe preliminar de la causa, del testimonio de dos testigos presentes en el suceso, y de dos carteles que el arzobispo Antonio Ibáñez de la Riva mandó imprimir cuando el alboroto hubo remitido.<sup>21</sup>

**Tabla 2. Consecución de los hechos del motín contra los mercaderes franceses (1694) según varios testigos e informes de la justicia eclesiástica**

Informe preliminar de la causa	-Entre las siete y las ocho de la tarde, el vicario del Pilar saca a la puerta principal del templo el Santísimo Sacramento «con fin de quietar los ánimos de algunos vecinos y moradores desta ciudad que tumultuaban la plebe y diversas personas con poco temor de Dios y en grave daño de sus almas y conciencias [...] cometieron diversos insultos baxo el pórtico». -Un hombre se acerca corriendo al Santísimo Sacramento y, allí mismo, es asesinado por diversas personas que lo acuchillan «en el rostro y partes de su cuerpo estando tendido en tierra».
Pedro Muniesa, presbítero racionero de La Seo	-El herido cae boca abajo frente al Santísimo Sacramento. En ese momento, un hombre con una espada en la mano «y le dio [...] una estocada en su cuerpo; y luego instantáneamente vio que llegó otro y le dio otra estocada; y luego dicho vio le dio un puntillazo».

<sup>21</sup> Archivo Diocesano de Zaragoza, Causas criminales 15/30.

	-El testigo coge al hombre moribundo y lo introduce en el templo, arrastrándolo hasta la pila de agua bendita.
Francisco Crespo de Molina, subdiácono, capellán y comensal del arzobispo	-Al hombre del pórtico le pisan la cara y lo arrastran por el suelo cogiéndolo de los pies. -Herido de muerte, es llevado a las gradas del interior del templo. Buscan a un confesor, y este le da la comunión antes de expirar. -Este testigo limpia la cara ensangrentada del agredido con un pañuelo.
Impreso del arzobispo [1]	-A las seis de la tarde se inicia un motín en la calle del Pilar, «en la qual habitaban muchos mercaderes franceses». -Se queman algunas casas de la calle. Previamente, esas casas son saqueadas por el pueblo, que se lleva «dinero, oro, plata labrada, mercaderías de todo género, panes, lanas, libros de cuentas, papeles, albaranes, despachos de Roma, y otros muchos géneros de bienes». -Hay constancia de que algunos de estos ladrones se manifiestan orgullosos de lo que han hecho «por decir son de franceses enemigos de la Corona».
Impreso del arzobispo [2]	-Quienes recorren la calle del Pilar alborotando, lo hacen armados con piedras y otros objetos. Los mercaderes cierran inmediatamente sus tiendas, pero los amotinados queman algunas de ellas. Derivado de ello, hay en esa calle «un incendio muy grave y escandaloso». -Se pasea el Santísimo Sacramento por el lugar de los hechos, pero no se logra obtener ningún resultado. «[...] Acumularon otros delitos desatendiendo las Sagradas Imágenes, haziéndose insensibles a los clamores de muchas personas eclesiásticas y de diferentes comunidades religiosas». -Los tumultos se alargan por toda la noche y parte de la mañana siguiente, extendiéndose a otras partes de la ciudad.

Por lo que puede comprobarse, en torno a las seis de la tarde de aquel 1 de junio de 1694 un buen número de habitantes de la ciudad llegó con rabia a la calle del Pilar jurando, amenazando y blandiendo cuchillos, piedras y otras armas. El foco de su odio era la comunidad de mercaderes franceses asentada en los alrededores del Pilar, pues para ellos eran los comerciantes foráneos quienes les habían causado la ruina y quienes habían motivado la subida insostenible de los precios del grano. Muchos vecinos se sumaron de manera espontánea al tumulto engrosando las líneas de los agresores, y rápidamente todos los mercaderes de la zona sellaron las botiigas encerrándose con sus familias

dentro de las casas. Nada de eso sirvió, la furia del pueblo multiplicaba su potencia conforme el odio se iba alimentando del beneplácito y del ánimo popular. Se rompieron todas las puertas y ventanas posibles, se entró en las casas para desvalijarlas; y después se prendió fuego a cada una de esas viviendas. Es por ello que, en comparación con el motín de 1643, se aprecia una equivalente praxis basada en el absoluto descontrol de la población, en la falta de organización, y en la ausencia de cualquier tipo de liderazgo. Vemos desaparecer momentáneamente el miedo a las posibles consecuencias punitivas y la absoluta falta de respeto a las instituciones. Y finalmente, percibimos asimismo el recurso desesperado de las víctimas, que en un último intento de salvar sus vidas se acogen al supuesto derecho de la «inmunidad eclesiástica», cuando tal práctica no evita de ningún modo que eventualmente puedan ser en efecto atrapados y asesinados.

### Conclusión

A pesar de que nunca resulta sencillo elaborar balances concluyentes cuando se parte de fuentes documentales con un claro sesgo político, los dos ejemplos zaragozanos que aquí hemos tratado podrían ser incluidos con facilidad dentro del marco teórico trazado en las líneas anteriores. La violencia, diríamos, «popular» que hemos visto aparecer aquí, tan espontánea, salvaje y desorganizada, no era por tanto más que el brote pulsional de una rabia contenida que echaba sus raíces sobre situaciones más o menos lejanas en el tiempo y que tenían de algún modo que ver con las formas de gobierno regionales, con la situación económica local, y con el desgaste social y poblacional que impactó con particular fiereza en el área que nos atañe. Para futuros estudios, así pues, tal vez podría ser interesante calibrar también la evolución ideológica de la población en general; es decir, tratar de entender mejor qué clase de fuerzas lograron transformar las reivindicaciones «aragonesistas» que de algún modo salieron a la luz en el motín de 1643 –motín de ninguna manera equiparable a lo acaecido en 1591, a pesar de todo–, para que ya en 1694 el grito popular hubiese cobrado un tinte más centralizado o «españolista» incluso, por usar un término ampliamente entendible. Es posible que futuras investigaciones sobre los agentes de la violencia, sobre los discursos y relatos de memoria, y sobre las cuestiones que cada sector pudo reivindicar en un momento dado, nos ayuden a profundizar más en este campo.

Recibido: 15/10/2020

Revisado: 30/12/2020

Aceptado: 24/3/2021